

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO. 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 14 DE FEBRERO DE 1909

NÚMERO 59



LA PIEDRA DE TOQUE

Vosotros, adorables lectores, seguramente que habréis oído hablar de las divinidades del Paganismo, y hasta es posible que conozcáis la vida y milagros de Apolo, una de las más hermosas ficciones de la Mitología.

Apolo, hijo de Júpiter y de Catona, era tenido por los gentiles como el dios de la Poesía, de la Medicina, de la Música y de las Artes.

Ayuntamiento de Madrid

Llamábanle Febo en el cielo, porque conducía el Carro del Sol, tirado por cuatro caballos.

Cuenta la fábula que Apolo, furioso contra los cíclopes, herreros de Vulcano que forjaban los rayos con que su señor papá vengaba las ofensas recibidas de los mortales, los mató á todos, porque habían forjado el rayo que Júpiter dirigió á Esculapio, dios de la Medicina é hijo de Apolo.

El gran Júpiter, padre de los dioses, se enojó terriblemente con el vengador de la muerte de Esculapio, y, sin andarse en chiquitas, le arrojó del Olimpo.

Apolo bajó á la tierra, y, tocando la lira, llegó á los estados de Admeto, rey de la Tesalia, que, bondadosamente, acogió al dios desterrado, encargándole de la guarda de sus inmensos rebaños.

Y cádate al hermoso y esplendente Febo convertido en mísero pastor, cuidando de apacentar los bueyes y vacas del rey Admeto, que, según noticias, fué un príncipe tan bueno como desdichado.

Apolo, naturalmente, aburríase de lo lindo en su pastoril faena, y para entretener sus interminables horas de forzada ociosidad, dióse á tocar la flauta con la divina maestría que es de suponer en el dios de la Música.

Y tanto embeleso le producían los solos de su flauta, que los bueyes, más atentos á buscarse un buen pasto que á escuchar las melodías de su filarmónico guardián, íbanse á la ventura por prados y vericuetos, proporcionando al flautista un disgusto morrocotudo cada vez que se percataba de que se le habían extraviado tantas ó cuantas cabezas de ganado.

Y al llegar á este punto en la fábula es preciso para continuarla echar mano de otro dios que tampoco os será desconocido, Mercurio, hermano de padre de Apolo, correvedile acreditado del Olimpo, protector de la Elocuencia, del Comercio y de los ladrones... ¡Ya veis que era un dioscito de cuidado!

Y como la familia olímpica no era ni con mucho modelo de cariño ni de buenas costumbres, Mercurio, al ver lo distraído que andaba el hermano en su misión pastoril, y envidioso de las distinciones que le prodigaba el rey Admeto, decidió jugarle una mala partida.

Y una tarde, cuando más distraído encontrábase Apolo resolviendo una difícilísima melodía, Mercurio le robó las vacas y bueyes confiados á su custodia, ocultándolos en lo más escondido de un bosque. Eso sí, el hurto lo realizó de una manera magistral... ¡Por algo le tenían los ladrones por su dios!

Pero, á pesar de lo hábilmente que ejecutó el escamoteo, Mercurio no contaba con la huésped; es decir, con que su mala acción había tenido un testigo en Bato, pastor también, y que iría probablemente con el cuento al hermanito.

Así es que decidió comprar su silencio regalándole la más hermosa de las vacas robadas y tomándole juramento de que no le descubriría.

A pesar de la promesa formal de Bato, Mercurio no quedó tranquilo; antes por el contrario, entróle recelos de que no guardaría el secreto si se le presentaba ocasión de descubrirlo.

Para calmar sus inquietudes fingió que se retiraba, y cuando más alborotados encontrábase Apolo y todos los demás pastores del rey Admeto con el escandaloso robo, se presentó con un nuevo disfraz á Bato, y logró que éste, en cambio del buey y de la vaca que el astuto dios le ofrecía, le descubriese el sitio en donde se hallaban ocultos los animales robados.

Indignado Mercurio, convirtió á Bato en piedra de toque, la cual, como es sabido, tiene la propiedad de dar á conocer los metales.

No olvidéis nunca en la vida, encantadores lectores, la fábula.

Los que no saben guardar secreto son como la piedra de toque.

No se les debe jamás confiar nuestros pensamientos si no queremos que los sepa todo el mundo.

El que no sabe guardar un secreto es un desdichado que se hace odioso al que deposita en él su confianza y á los mismos á quienes descubre lo que debe permanecer siempre oculto.

D. LARRÚ.





LOS PERFUMES

La cuestión de si el perfume es una emanación que los objetos olorosos desprenden, y al separarse de ella pierden su peso ó su volumen—aun cuando sea en ínfima proporción,—ó si consiste, por el contrario, en reacciones químicas producidas al contacto de diversos cuerpos, las cuales hacen vibrar las moléculas del aire con vibraciones especiales que impresionan los nervios olfativos, no se ha resuelto aún completamente.

Parece lógica la última de estas teorías, teniendo en cuenta que el sonido es también una vibración en las ondas sonoras que ejerce una impresión sobre los nervios auditivos, así como la luz sobre los nervios ópticos. Además, se han hecho observaciones, por las que se ha venido á demostrar que una vejiga de almizcle que durante veinticuatro horas ha estado produciendo emanaciones, no ha perdido nada de su peso al cabo de ese tiempo.

Puede, por tanto, admitirse que hay cuerpos que tienen la propiedad de emitir ondas de olor, así como los diamantes las emiten de luz y las cuerdas de un arpa emiten ondas sonoras.

Esas ondas olorosas se propagan á veces á considerables distancias y á grandísimas velocidades, y esto se demuestra con el hecho, observado por los navegantes, de que muy lejos de tierra han sentido olores que sólo en ella se producen. Es fama que esto le ocurrió á Cristóbal Colón cuando fué á descubrir las Indias, y que el olor de tierra le reveló, días antes de tenerla á la vista, su existencia, que ya negaban todos sus compañeros de expedición.

La gran mayoría de los perfumes es de origen vegetal, pues muy pocos—el almizcle, por ejemplo—proviene de los animales.

Si las flores, las hojas ó las raíces de las plantas tienen aroma, lo

deben á las esencias que contienen. Sin embargo de esto, hay plantas que no tienen perfume en su estado normal, pero de ellas se extraen importantes cantidades de esencia, una vez que se machacan y trituran sus tejidos orgánicos. Ocurre también que puede una planta encerrar en sí los elementos componentes de una esencia, pero separados los unos de los otros, y sólo al juntarse todos en el momento de la trituración, cuando rotas las celdillas que los contienen se mezclan los distintos líquidos, prodúcese al contacto del aire una fermentación y aparece la esencia con su olor vivo, penetrante y característico. En otros casos es absolutamente indispensable el agua para que se verifique la fermentación. En unas plantas se nota que huelen más de día y cuando el sol las ilumina; en otras, el sol y la luz son contrarios á la producción de sus emanaciones olorosas, y es por la noche, en cambio, cuando dan el máximo de su perfume.

El olor de las plantas reside en las hojas ó en la flor, en la simiente, en el fruto, en la corteza, en la madera, según la clase á que pertenezcan, y hay algunas que dan varias clases de olores.

Se observa asimismo que aun cuando las plantas dan perfume en todos los climas, es más penetrante el que exhalan las que se crían y desarrollan en los países tropicales.

Las esencias se obtienen por presión, en el caso en que las plantas sometidas á este tratamiento sean muy ricas en esencia; por destilación que se practica mediante alambiques, debiendo emplearse de preferencia plantas frescas, porque dan una esencia de olor más fino y más agradable que las plantas secas; por maceración, añadiendo flores á una mezcla de grasa fundida hasta tanto que la pomada tenga el aroma que se desea, y por absorción, procedimiento que consiste en extender una capa de grasa sobre una lámina de cristal, y sobre ella colocar las flores cuyo perfume se quiere obtener, hasta que la grasa absorba ó se apropie el aroma de aquéllas.

La perfumería comprende dos operaciones distintas: es una de ellas la preparación de las primeras materias y, sobre todo, de las esencias ó perfumes que directamente se extraen de las flores, y la otra es la de incorporar esas primeras materias á las grasas, alcohol, jabones, aceites, etc., que se quiere perfumar.

La química moderna, al analizar algunos perfumes, ha logrado saber con tan absoluta precisión los elementos que los componen, que llega hasta producirlos industrialmente, es decir, con ayuda de esencias artificiales que no tienen su origen en las plantas.

Los perfumes han tenido siempre una importancia grande en la vida y costumbres de los pueblos. En los tiempos lejanos de la edad antigua los perfumes eran inseparables de los ritos de las religiones: el incienso, la mirra que se ha quemado ante los altares de los dioses, son buena prueba de ello. Los egipcios los empleaban también para embalsamar los cadáveres. Los hebreos, además de los perfumes antes nombrados, usaban el del nardo y el del azafrán.

JUAN ANTON.



RELATOS DE CAZA

DOBLE PRESA

Juan Ferreira cogió su escopeta, y llegado á la margen izquierda del río Paraná, en el Brasil, trepó á un árbol, escondióse entre sus tupidas ramas y se puso á esperar á las nutrias que, al caer de la tarde, acudían al río para pescar. Dedicábase Ferreira á traficar con las pieles de dichos animales y pasábase la vida en ir de su cabaña al río, de éste con su presa á la cabaña, y de ésta á la ciudad, donde á cambio de las brillantes y pardo oscuras pieles, le daban muy buenas sumas de dinero que pronto se convertían en satisfacción de todas sus necesidades. Desde el árbol atalayaba Ferreira un amplio y magnífico horizonte. A su espalda empezaba un bosque, á su frente deslizábase ancho y runruneante el Paraná, y á entrambos lados extendíanse las pampas llanas y cubiertas de altísimas hierbas.

Las horas se fueron deslizando lentas y monótonas, no sin que nuestro cazador mirara con frecuencia al cielo para ver la marcha del sol. Al fin llegó éste á su ocaso. El haz de sus rayos cayó oblicuamente sobre las hierbas pamperas dándolas reflejos dorados; el verdor del bosque se hizo más oscuro, y el Paraná, sombreado por los arbustos de sus orillas, adquirió un tinte verdoso. Ferreira clavó sus ojos en la ribera, pues ya era llegada la hora de que acudieran las nutrias, y vio que en medio de las hierbas se señalaba un surco tortuoso que se iba aproximando hacia el río; pero cuando esperaba contemplar el cuerpo



pardo y alargado de una nutria, vió por su mal un jagueté, que reptando como una serpiente, fué á esconderse tras unos arbustos.

—¡Ya somos dos...!—
murmuró Ferreira, acariciando con sus miradas la manchada y amarilla piel del feroz tigre americano.

Conocedor de las costumbres del carnicero, pensó que éste había ido, como él, á acechar á las descuidadas nutrias, y determinó hacerle pagar caro su atrevimiento. No se habría pasado mucho tiempo cuando un ligero rumor le hizo mirar otra vez hacia la pampa. Las hierbas se movieron sin que las agitara viento alguno y, de pronto, mostróse en un claro una hermosa nutria. En cuanto el gracioso animalillo se vió al descubierto, empezó á mirar recelosamente en todas direcciones como si el instinto le avisara del peligro que corría; pero no viendo á sus enemigos, avanzó resueltamente hacia el río. Iba ya á zambullirse en las aguas cuando el jagueté, dando un salto prodigioso, cayó sobre ella y la mató. Entonces Ferreira, sin perder tiempo, echóse la escopeta á la cara, disparó, y la feroz bestia dió dos ó tres saltos y expiró gruñendo sordamente. Bajóse el cazador, le arrancó la nutria de las espumarajeantes fauces y lo colgó de un árbol para librarlo del ataque de las alimañas; y sin detenerse más, pues ya la noche caía sobre el campo, marchóse hacia su cabaña murmurando:

—¡Hoy doble presa! No puede haber tiro mejor aprovechado...

José A. LUENGO.



LA BATALLA DE JEMMAPES

Durante las guerras de la República se libró la batalla de Jemmapes contra el ejército austriaco, en la que obtuvieron una brillante victoria las tropas francesas. Bajo la metralla del enemigo tomaron las posiciones á la

bayoneta mandados por Dumourriez. En esta batalla se distinguió notablemente el duque de Chartres, que después fué el rey Luis Felipe, decidiendo con su vigoroso impulso la suerte de la jornada.

EL NECROFORO

Entre las infinitas variedades de animales que la Naturaleza ha creado, hay multitud que el hombre, con loco empeño, trata en lo posible de destruir, no sabiendo que son auxiliares poderosos de su vida.

Los pájaros se alimentan de muchos insectos que atacan á las plantas, y, sin embargo, el labrador, sobre todo en las épocas de siembra y recolección, no se contenta con alejarlos, quisiera hacerlos desaparecer, ignorando que las semillas que le quitan no son sino parte muy pequeña de la deuda que con ellos tiene contraída. No sólo en éstos. En cada uno de esos pequeños seres que el labrador destruye creyéndolos perjudiciales, ó por lo menos inútiles, dotados de una organización tan perfecta, mucho más de admirar si se considera el diminuto tamaño de sus órganos y aparatos. El mismo que les quita la existencia pierde para sí un precioso colaborador en la causa común.

El *necróforo* es un ejemplar curioso por su utilidad, pues hace desaparecer los cadáveres, impidiendo de este modo las emanaciones á que daría lugar su descomposición al aire libre. Se mata en el campo una rata ú otro animal parecido, y al siguiente día no se encuentra su cadáver. Ved lo que ha sucedido: Un insecto de la familia de los *coleópteros*, de 15 á 18 milímetros de longitud, con élitros coloreados por cuatro bandas dentadas (de las cuales dos son amarillas y dos negras), llamado *necróforo enterrador*, ha advertido por el sutilísimo olfato de que está dotado, la existencia del animal muerto, y que es necesario allí su trabajo habitual. Con sus patas delanteras, dentadas y espinosas, horada la tierra por debajo del cadáver, rechazando con sus patas posteriores, aplanadas en forma de palas, la tierra y materiales producto de la excavación, é insensiblemente el muerto desciende en la tumba ó fosa así preparada, que bien pronto queda cubierta por la tierra.

Los *necróforos* se reúnen frecuentemente tres ó cuatro, y aun muchos más, para llevar á cabo este trabajo. El número de obreros se calcula proporcionalmente al tamaño del cadáver, y trabajan sin descanso hasta ver su obra completamente terminada. Pero no es esto sólo, sino que á fin de descomponer y destruir más rápidamente el cuerpo, cuyas emanaciones pútridas podrían aún viciar el aire en sus componentes, las hembras del *necróforo* ponen sus huevos en la tumba, y allí, al abrigo de todo peligro, las larvas, que pronto nacen, en muy poco tiempo convierten en polvo fecundante para la tierra lo que de otro modo sólo hubiera sido un foco de pestilencia.

EME.



LAS BONDADES DE NINI

XIV

¿Qué ocurre?—dijo el doctor.

Yo me callé y metí la cabeza debajo de las sábanas para no oír tonterías. A pesar de eso, oí que papá y mamá contaron al médico la mar de atrocidades de mí, y me echaban la culpa de todo. No pude resistir más; saqué la cabeza, y cuando iba á gritar: «¡Mentira! ¡Mentirísima!», me quedé con la boca abierta, porque vi que habían echado á la doncella en un sofá y el médico estaba en mangas de camisa limpiándola la sangre, y mi papá la tenía la cabeza y mi mamá tenía una jofaina.

—¿Qué habrá ocurrido?—pensé sin atreverme á hablar.—¡Vaya un lío por tan poca cosa!

Y, en cambio, nadie se ocupaba de mí ni de saber si estaba yo muy malita por el disgusto que me había llevado de ver que no armaban mi castillo. ¡Sentía yo una rabial

Cuando la lavaron mucho y la puso el médico una venda en la frente, que la hacía muy feo, se acercó el médico á la cama mía con un hociquito muy serio; le acompañaban mis papás, y también atroz de graves; así es que en cuanto los vi llegar, lo que hice fué meterme otra vez debajo de las sábanas.

—¡Señorita Niní—dijo D. Manuel,—saque usted la cabeza!

—Bueno, gracias—pensé; y no salí.

—¡Niña—dijo papá,—salga usted inmediatamente fuera!

—¡Anda, qué respeto; me llama de usted!—pensé; pero tampoco salí

—¿Tiene la *angelical* Niní la bondad de sacar su cara á la luz?—repitió el médico.

—¡No me da la ganita!—dije yo bien bajito.

En esto, sentí que tiraban de la ropa de la cama, y era mamá, que me dejó así, desarropada y asustada ante los tres.

—¿Sabe usted, señorita—dijo el médico de las gafas de oro,—que va á venir la Guardia civil para llevársela presa?

—¿Por qué?

—Porque ha hecho usted un crimen—dijo papá.—Por poco mata usted á esa pobre chica.

—Mira, papaíto—le dije,—lo primero, no me llames de usted, porque me da muchísima risa. Además, yo no he hecho eso; es que las personas tenemos ríos dentro del cuerpo; á mí me salió uno de agua de los ojos, y á la doncella uno de sangre de la frente.

—Decididamente—dijo entonces mamá.—Lo siento mucho, pero no hay más remedio. Niní no nos obedece. Niní no se apena porque á nosotros nos cause disgustos. Niní no siente remordimiento de todo lo malo que hace, que no es poco. Niní no...

—¿Qué atrocidad!—contesté.—¡Echa Ninís!

—Niní—continuó mi mamá sin hacerme caso—no tiene respeto á los abuelos, ni á los padres, ni al médico. Niní es mala con todos, hasta con los criados. Niní es terca, traviesa, revoltosa, embustera, mala... ¡¡Niní irá desde primeros de mes interna á un colegio de monjitas!!

... Y se marcharon papá, mamá y el médico y la doncella.

Me quedé sola...

—¡Pues señor, estamos frescos!—dije yo.—No entiendo ni una palabra de todo esto. ¿Ustedes lo entienden? Porque yo... ni pizca. Estamos igual que antes; todos diciendo perrerías de mí, ¡y cuidado que he hecho cosas buenas para contentar á mis papás! Ahora sí que estoy preocupada, porque eso de meterme para siempre en un convento no me gusta... es decir, no sé si me gusta, porque nunca he estado... ¿Me gustará ó no? ¿Y si se divierte uno mucho allí...? ¿Qué haré, contentar á mis papás haciendo *cosas buenas*, ó dejar que me lleven al colegio...? ¡Ay, no sé...! ¡Porque digo yo que en los conventos también se reirán...! ¿Qué será mejor, Dios mío, qué será mejor...? ¿A quién se lo preguntaré si me han dejado sola?

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





LOS PRECURSORES DE LA AVIACION

Los grandes inventores, ha dicho un escritor contemporáneo, más originales en apariencia, no hacen casi siempre sino realizar, á fuerza de estudio y de reflexión, lo que otros menos hábiles ó menos afortunados ensayaron antes que ellos.

Los Farman, los Santos Dumont, los Wright, que tan notables progresos han efectuado en materia de aviación, han tenido sus precursores, unos sabios, otros locos y algunos de ellos meramente imaginativos, como los novelistas antecesores de Julio Verne y de Wells.

Estas invenciones literarias, extravagantes é inverosímiles al parecer, han sugerido á los técnicos más de una idea científica y práctica.

Por los años 1656 y 1661 aparecieron las curiosas obras del famoso Cyrano de Bergerac, el héroe de la comedia de Rostand, *Viaje á la luna é Historia cómica de los Estados é Imperios del sol*, en las cuales Cyrano puso al servicio de sus fantásticas navegaciones aéreas sus grandes conocimientos en física y química. En 1763 se publicaron *Los hombres voladores*, y veinte años más tarde *El descubrimiento austral por un hombre volador*; pero no solamente en los libros, sino en la vida real hubo hombres voladores. En 1770 un canónigo de Etampes, llamado Desforges, había inventado un cochecillo aéreo; pero resultó tan poco aéreo, que el infeliz se estrelló en la prueba. Algunos años después el aeronauta Blanchard construyó su *barco volador*, que era un globo de gas hidrógeno provisto de un paracaídas, un timón y dos remos. El

día 2 de Marzo de 1874, en el Campo de Marte, de París, ante una muchedumbre inmensa, disponíase á lanzarse por los aires, en compañía de un amigo suyo, benedictino llamado Pech, cuando un cadete de la Escuela militar, Dupont, que había apostado con sus camaradas que tomaría parte en la ascensión, se precipitó hacia la barquilla. Blanchard le rechazó, y el cadete, encolerizado, tiró de la espada y rompió los remos é hirió al aeronauta. Dupont fué preso. Blanchard, después de este incidente, con ayuda del timón, evolucionó contra el viento, pasó y repasó el Sena y fué á caer en la llanura de Bellancourt.

En 1812 anunciaron los periódicos que un señor Deghen ejecutaría en el Tivoli experimentos sensacionales. Se trataba de un relojero austriaco que, provisto de unas alas de lienzo de su invención, se había lanzado de una torre de Viena y había volado algunos minutos: se hirió gravemente al caer. Su primer ensayo en el Tivoli el 16 de Junio de 1812 le salió bien: los periódicos le dedicaron grandes elogios. El 5 de Octubre del mismo año repitió la ascensión, pero tomó mal sus



PRIMERA EXPOSICIÓN DE AVIACIÓN EN PARÍS

medidas y cayó con su aparato sobre los espectadores. La multitud se indignó, silbó estrepitosamente al inventor é hizo añicos el aparato.

El Gobierno se incautó del producto de la entrada, y deducidos los gastos, se envió el resto á los hospitales. El pobre volador Deghen escapó de París más que de prisa, y no se volvió á saber de él.

La caricatura que publicamos se refiere á esta desdichada aventura de Deghen, y está tomada de una colección de estampas de Tessandier.

Después de estos conatos han venido los modernos adelantos á realizar lo que fué aspiración durante muchos siglos.

Ayuntamiento de Madrid

VED AL HOMBRE RETRATADO POR LA BARBA Y EL PEINADO



Con la perilla y bigote bien retorcido,
no hay duda, es tan bizarro como aguerrido



Cotorrón distinguido, sin más anhelo
que dar tinte al bigote y engrudo al pelo.



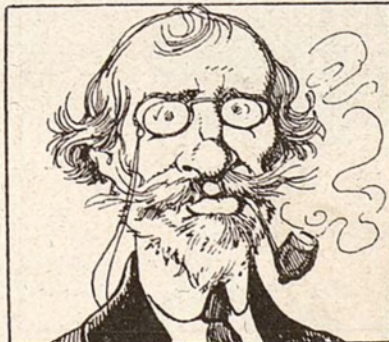
De este artista la falta de su talento,
lo suplen las melenas que lanza al viento.



¡Qué bigotes tan feos! ¡Qué atrocidad!
¡Pero qué cerdas tiene la autoridad!



Con coleta peinada sobre la frente,
matador de novillos ¡naturalmente!



Escribe unos poemas llenos de vida,
despreciando el asunto, ritmo y medida.



Eminente erudito, sabio de veras,
que pone en sus discursos adormideras.



Este trajo á este mundo tan sólo un fin,
el respetar las leyes del figurín.



Es un cesante eterno, vivo y pelmazo,
que al lucero del alba le da un sablazo.



Aquí está un bandolero que, por su tipo,
á aquel que se le encuentra le quita el hipo



Son los del pelo rubio y en sortijillas
grandes conquistadores de modistillas.



Acusa el pelo lacio y aire aburrido
escasez de ilusiones y de cocido.

Ayuntamiento de Madrid